



Un relato de *Trebol rojo*

*Una  
Promesa  
se  
Cumple*

*Rosa Alcántara Menéndez*

# **Una promesa se cumple**

**Un relato de Trébol rojo**

**Rosa Alcántara Menéndez**

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2015

[www.rosamenendez.com](http://www.rosamenendez.com)

@rosamenendz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

*«No duermas para descansar, duerme para soñar, porque los sueños están para  
cumplirse»*

*Walt Disney*

*19 de octubre 2014*  
*Malahide, Irlanda.*

Ese domingo de octubre se habían reunido en la casa de la playa los Finnegan/O'Connell al completo, los Durán y David O'Brian para celebrar un día por adelantado el treinta cumpleaños de Cecilia. Ni la lluvia ni la bajada de temperaturas, invariables por la época, consiguieron ensombrecer la alegría que nadie se privó en ocultar; sobre todo, Matt y David. Los dos, en un mano a mano, empezaron a beber cerveza antes de la comida, siguieron con vino y al terminar los postres sin poder disimular el efecto del alcohol no rechazaron unos vasos de whisky para garantizarse una juerga donde solo ellos eran los invitados. El abogado reía a carcajadas mostrando una sonrisa pícaro que a Julia le atraía como el polen a las abejas y el azul de sus ojos brillaba con intensidad cuando los abría desorbitados por las tonterías que Matt contaba en un inglés rápido e incomprensible para Marina y Luis Durán, recién llegados de España para no perderse esa fecha especial de su única hija.

Durante un rato Cecilia observó a Matt y a su próximo cuñado con unos ojos oscuros donde podían intuirse resignación y envidia, hasta que se levantó con Siobhan en brazos para cambiarla y Julia la acompañó. Mientras, Finn jugaba a la Play con los abuelos, Marina y Liz recogían la mesa y *Tró*, siempre al quite, las escoltaba por si algo se caía en el breve recorrido hacia la cocina.

Sentada en la cama del dormitorio de matrimonio, Julia tocó con ternura la barriguita de su impaciente sobrina. En ese momento, tumbada, mirándola con unos ojos tan oscuros como los de sus padres, calmada, esperando que Cecilia trajera un

pañal y las toallitas de aseo.

—Menuda borrachera están cogiendo —dijo Julia sonriente—. ¿Qué día os vais?

—El tres —respondió Cecilia, quitándole a Siobhan el pañal sucio—. No lo sabe, y espero que no se entere hasta que estemos en el aeropuerto, si no, cualquiera lo aguanta.

—Es un niño, Lia —comentó moviendo la cabeza—, está justificado, peor es tener treinta y ocho y todavía querer ir.

—¿David? —preguntó riendo—. No puedo creérmelo —dijo, pensando en la imagen elegante y seria del abogado—. ¿Por qué no os venís con nosotros? A mí me hacéis un favor y a Matt un rey, no creo que soporte el ritmo de Finn.

—No sé... —Julia bufó, sin ganas de meterse en ese follón a solo un mes de su boda; aunque podía venirles bien para salir de la rutina—. Hablaré con él.

—Hazlo, ellos en el parque y nosotras de compras por París.

—Luego se lo comento —dijo, cogiendo a la niña en brazos—, si está en condiciones, claro. —Julia entornó breve sus expresivos ojos azules—, pero da por hecho que aceptará.

—Me sorprende. —Cecilia terminó y dobló el pañal sucio—. No lo esperaba de él. Aunque conforme voy conociéndolo, si te digo la verdad, más se parece a tu hermano; a veces tienen hasta las mismas respuestas, por no contar la resistencia al alcohol.

—Hoy se está pasando; pero no me importa mucho, hacía tiempo que no lo veía tan a gusto; comprendo que quiera desconectar del despacho y los preparativos de la boda.

—Vamos a darles algo de cancha, ninguno va a ir muy lejos.

—No sé qué decirte —dijo Julia, abriendo los ojos de par en par jugueteando con Siobhan, giró la cara y se centró en Cecilia—. A este no le hace falta salir, le llueven las tías hasta estando en casa. El otro día llegué del trabajo y me lo encontré hablando con dos vecinas. Una le había traído una revista que el cartero dejó en el buzón, y la otra un paquete, que encima venía a mi nombre, y no creas que se cortaron cuando me vieron.

—Que vecindario tan servicial tenéis. —Cecilia sonrió—. Y nosotros aquí aislados.

—Sí, son amabilísimas —comentó irónica—. Estoy muy contenta con ellas.

—¿Y la exmujer? ¿Sabes algo?

—La última noticia es que se ha echado un novio, pero intento saber lo mínimo y David no me cuenta mucho.

—Mejor, Julia, hay personas que intoxican. Sois felices, vais a casaros y vivís muy bien. A ver si así se olvida de él y os deja tranquilos.

—Eso espero porque es insoportable. —Julia salió del dormitorio detrás de Cecilia—. Cambiando de tema, ¿has hablado ya con mi cuñada? Me dijo que había visto en Dublín unos trajecitos para los niños.

—Sí, me llamo hace dos días, hemos quedado para ir a verlos la semana que viene. Llevaremos a los niños para que se los prueben, pero ya sabes que a Finn le durará intacto el tiempo justo. No he visto a nadie más reacio a ponerse unos zapatos que a él, no sabes lo que me cuesta que vaya medio decente al colegio, es un caso.

—Pues la sobrina de David es casi igual, van a juntarse el hambre con las ganas de comer.

—Rezaremos para que se comporten en la catedral, luego que se destrocen vivos —dijo Cecilia, entrando en el salón. Observó a Matt, riendo a carcajadas mientras

David tenía la cabeza reclinada en el respaldo del sofá, convulsionando. Giró el cuerpo para hablarle muy bajo a Julia—. Vas a tener que llevártelo a gatas.

—Lo dudo, es irlandés de pura cepa —comentó atenta al abogado. Si a los veinte era un chico guapo, con el paso de los años había mejorado para ser un hombre espléndido. Tenía un carisma innato que atraía las miradas femeninas, pese a no desearlo o, a veces, no darse cuenta. No era nada vanidoso, aunque invertía bastante tiempo en su imagen; llevaba siempre una cuidada barba; solía vestir muy clásico por su trabajo, también porque se encontraba cómodo con traje y los lucía como nadie sin esforzarse. Ese día, excepto por las gafas de pasta negra, rompía sus propias reglas con unos vaqueros y un jersey de punto grueso con unas rayas horizontales rojas y blancas muy vistosas; parecía informal y, como siempre, adorable—. Solo está alegre.

—Pues Matt está como una cuba. —Cecilia repasó a su marido, siempre atractivo; aunque en aquel momento parecía un loco con el cabello revuelto de tanto manoseárselo, los ojos oscuros casi invisibles al apretarlos mientras reía o el cuerpo despatarrado en el sofá—. Si quieren seguir, será mejor que coman algo.

—Julie —dijo David, risueño, extendió el brazo—, ven.

—¿Qué quieres? —preguntó, apretó los labios y se acercó con los ojos entornados. Dejó a Siobhan con Marina y se plantó delante de él sin poder resistirse a una mirada azul tan turbadora como limpia, enmarcada en la oscuridad de unas cejas espesas—. ¿Ya te has cansado de Matt?

Cuando David la tuvo cerca la sujetó de la mano, tiró con algo de brusquedad y cayó en medio de ellos.

—¿Por qué conformarme con un O'Connell si puedo tener a dos?

Matt sonrió al escucharlo, mostrando unos dientes blancos bien alineados.

—Así se habla —dijo Matt, poniéndose de pie, cogió a su hija de los brazos de

Marina y la colocó sobre las piernas de David—. Y con Sio, tres.

—Prefiero a los adultos, pero esta no me importa —dijo David, haciéndole carantoñas a la niña, que con cinco meses era una preciosidad morena inquieta y vivaracha—. Firmo ahora mismo por tener una igual.

—Yo me lo pensaría —dijo Matt apartándose, encogió los hombros viendo la mirada concentrada de Marina en él y desapareció en la cocina, donde Cecilia preparaba unos platos con embutido. Apoyó el cuerpo en la encimera sin ser consciente de que no se mantenía muy estable y preguntó—. ¿Cómo estás pasándolo?

—No tan bien como tú —respondió sonriendo al levantar la mano, donde lucía un anillo de oro con una piedra ambarina preciosa tallada por él, acarició su mejilla sin afeitar y lo besó en los labios, impregnándose de whisky hasta la médula—. Tengo una sorpresa.

—¿Cómo esta...? —Matt metió la mano bajo el cuello de la camiseta negra que llevaba, sacó el trébol de oro blanco colgado en un cordón de cuero oscuro; su regalo de cumpleaños un par de semanas atrás, y, con una sonrisa, preguntó—. ¿O algo gordo de verdad?

—No tiene nada de gordo, más bien, es perfecto.

—¿Vas a decírmelo o uso mis métodos?

Matt la tenía sujeta por las caderas, mostrando la artillería pesada.

—Eres un chulo. —Cecilia acercó la boca a la suya—. Pero te quiero y me gustan tus métodos de persuasión. —Volvió a besarlo y se apartó—. Después te lo digo.

—Lia, *please, now*.

—Prométeme que vas a comportarte —dijo seria, intuyendo su reacción, como poco seguiría la fiesta hasta el amanecer—. Si no, no hay trato.

—Te lo prometo —rezongó con una mueca de fastidio—. Más te vale que sea

bueno.

—Julia va a hablar con David para que nos acompañen a Eurodisney.

Cecilia observó el cambio en la expresión de Matt, de una línea horizontal en la boca pasó a tener una curva amplia que le ocupó todo el rostro. No le dio tiempo a decir nada más cuando Matt salió, en unos segundos solo se escucharon unas risotadas felices, confirmando que el refuerzo había aceptado la proposición.

La noche no terminó al alba, aunque lo rozó. Tanto Cecilia como Julia se sumaron a la fiesta en cuanto acostaron a los niños y los abuelos se fueron. Pasaron horas planificando el viaje con una lista sinfín que mareó a Cecilia. David no ocultó la ilusión que sentía aumentada por la sorpresa. Sin inmutarse, transigió el cachondeo del que fue blanco y mantuvo el nivel etílico en sangre gracias al excelente embutido que siempre traían los Durán en las visitas frecuentes que hacían a Irlanda.

En la quietud del dormitorio, cuando se metió Cecilia en la cama creyó que Matt ya estaba dormido, pero una mano templada colándose entre sus muslos desmintió ese pensamiento de inmediato.

—¿No tienes sueño? —preguntó Cecilia bostezando—. Estoy reventada, no he parado desde que llegaron nuestros padres.

—Un poco —murmuró mientras le subía el camisón por encima del estómago, inclinó la cabeza y se lo besó hasta alcanzar con la boca sus pechos—, pero me gusta demasiado el sexo contigo y duermo mejor después de un polvo.

—Y yo, cariño, pero no me pidas mucho esfuerzo.

Cecilia metió las manos en su cabello, las deslizó por una ancha espalda hasta los glúteos suaves que apretó fuerte mientras Matt ya tenía medio cuerpo encima de ella y una erección enorme para satisfacción de los dos. Si cuando quería era un salvaje, también sabía seducirla con ternura y consideración. En otro día otoñal, frío pero

ardiente bajo aquellas sábanas, el Irlandés errante seguía echando raíces en su tierra con la profunda convicción de hacer feliz a la mujer que cobijaba en sus brazos; esa de ojos oscuros radiantes de luz para guiarlo por un camino no siempre cómodo. Después de dos años juntos, unidos superando obstáculos muy dolorosos y difíciles de salvar, incluso alguno todavía podía traerle complicaciones, Matt perdía la voluntad cuando la amaba; era una fuerza tan violenta golpeando sus cimientos que merecía un respeto absoluto y una dedicación a conciencia; y, afortunadamente, nunca se cansaba de mostrársela.

De regreso al piso que compartían en Dublín, Julia conducía su coche, un Ford Focus negro, algo preocupada tratando de concentrarse en la carretera. Sin embargo, David no parecía temer ningún control de alcoholemia y no dejaba de mover una mano sobre su rodilla, anunciando una intención que en ese preciso momento no entraba en los planes de Julia.

—Quédate quieto, por favor, estoy un poco nerviosa.

—Vamos, Julie, son las cuatro, no va a pasar nada —murmuró, acercando la cabeza a su cuello, sin dejar de acariciarle la pierna. David rozó con los labios una porción de piel suave, percibiendo un escalofrío que lo impulsó a aventurarse con la lengua ignorando una inquietud nada preocupante para él—. Apenas has bebido y tienes a tu abogado a mano. Una paradita antes de llegar nos vendría de lujo.

Julia giró la cabeza un segundo para contemplar una sonrisa perversa y un brillo alegre en unos ojos que hablaban sin palabras.

—Eres una tentación difícil de rechazar, pero no me convence hacerlo en el coche.

—A mí sí, me trae muy buenos recuerdos.

—Me alegro mucho, señor O'Brian —comentó sin mirarlo, muy cerca de la incorporación a la autopista—. Aunque prefiero la intimidad de nuestra casa. Dime una cosa, ¿por qué te hace tanta ilusión ir a Eurodisney?, no es muy normal a tu edad.

La sonrisa seductora de David brilló en su rostro.

—Porque soy un soñador, Julie.

Esa apreciación tuvo un matiz triste; sugería mucho más.

—Lo sé, pero debías ser adolescente cuando lo pusieron, ¿tanto te gustaban esos personajes?

—No —respondió con un gesto indiferente—. Supongo que tengo esa espinita clavada porque tenía la esperanza de que mi padre pudiera cerrar unos días el pub para llevarnos. Cuando era un crío siempre alucinaba con Disneyland, pero pronto me di cuenta de que sería imposible para nosotros ir a Estados Unidos y me convencí de que nunca iría. Luego inauguraron este y, como Riordan tenía once y Colin ocho, me las prometí muy felices dando por hecho que estando tan cerca iríamos, pero tampoco pudo ser.

En cuanto escuchó Julia esa sencilla explicación, no tardó más que unos segundos en desviarse para llegar hasta un solitario parque. El muro que lo rodeaba estaba iluminado con la tenue luz amarillenta de unas pocas farolas y convertían la zona en el escenario perfecto para no dejar a David con otra frustración; una que apuntaba hacia arriba en su bragueta y prometía un rato tan incómodo como placentero. Recordarían los fantásticos años que vivieron siendo más jóvenes y saciarían ese deseo que volvieron a recuperar la Nochevieja pasada, tras una separación que ninguno buscó y los mantuvo alejados un tiempo indeseable que trataban de olvidar.

—Me encantan tus impulsos —dijo David sonriendo. Salió del coche, entró en la parte de atrás y se bajó el pantalón. No necesitaba preámbulo, pero quería tener a

Julia rendida y para conseguirlo no debía precipitarse. La observó mirando a los lados antes de abrir la puerta y sentarse con él. Al minuto la colocó a horcajadas en sus piernas, le desabrochó la camisa con una excitante parsimonia y dándose por satisfecho ante la visión de unos senos grandes inclinó la cabeza para perderse en la lujuria que los arrastraba. Llenaron aquel espacio justo de suspiros, gemidos y un calor húmedo que empañó los cristales y realmente los camufló del mundo.

Varios días después, un niño moreno de ocho años corría por el aeropuerto de Dublín tirando de una maleta pequeña, entusiasmado al ver de lejos a su tía y a David. Si Finn se alegró, sus padres rozaron el nirvana. Durante horas no paró de hablar, hasta Siobhan se hartó de él; y eso era una raya en el agua porque lo adoraba.

—¡David!

Al abogado, que pretendía pasar inadvertido con una gorra oscura y las gafas de sol, ese grito atronador no lo libró de algunas miradas expectantes de las personas aguardando la cola del Control de Seguridad previo al embarque. Se agachó para recibirlo en tromba con el saludo especial que Finn solía hacer cuando estaba muy feliz.

—Hola, campeón —dijo David, levantándolo en brazos. Finn balanceó el cuerpo sin ser consciente de su estatura y peso, a punto de darle un cabezazo—. Vas a matarme antes de llegar.

—Qué bien vamos a pasarlo —comentó emocionado. De forma automática siempre hablaba en inglés con él, pese a que David ya hacía sus pinitos con el español y lo comprendía bastante bien—. Papi ha mirado todas las atracciones donde me puedo montar, hay un montón.

—Seguro que sí. —David lo dejó en el suelo, estrechó la mano con Matt y besó a Cecilia en la mejilla después de quitarle a Siobhan, otra incondicional que no

perdonaba estar con él. Con un gesto simpático, habló a la niña—. Hola, princesita, ¿cómo estás?

—No tan loca como su hermano —dijo Matt, que enganchó la chaqueta de Finn por la espalda y tiró para evitar algún incidente fortuito delante de la policía. El recelo amasado durante años huyendo de ellos, persistía con fuerza en su subconsciente y no tenía ganas de tonterías—. Finn, compórtate o empiezo a reducir la lista de atracciones.

—No estoy haciendo nada.

—Nunca lo haces y siempre te pasa de todo —dijo Matt severo—. Dame la mano y mantén la boca cerrada hasta que estemos en el avión.

Julia sonrió cariñosa y reprendió a Matt con una mirada asesina.

—Anda, Finn, vente conmigo.

Poco después volaban rumbo a París sin que Finn llamara la atención de nadie. Los únicos que gozaron de un trato exquisito por parte de las auxiliares de vuelo fueron los varones adultos. Ninguno vio nada extraño en una amabilidad constante, quizás porque ambos estaban acostumbrados o simplemente por no darle importancia delante de sus mujeres; unas espabiladas con facilidad para aprender y sacar tajada beneficiándose.

En cuanto bajaron del microbús que los trasladó del aeropuerto y entraron en el inmenso parque, ninguno fue inmune a la sensación de felicidad que los embargó ni a la alegría del colorido que saltaba a la vista por todos lados: una plaza con diferentes mosaicos en el suelo, pulcramente decorada con árboles, macetas, muchísimas flores, una fuente o un tapiz de Mickey recortado a la perfección en un jardín bien nombrado

como *Fantasía*.

El Disneyland Hotel estaba justo detrás. Era un edificio alargado inspirado en la arquitectura victoriana, con la fachada rosa llena de ventanales blancos y unos tejados del mismo tono pero más oscuro, puntiagudos con caperuzas.

Al entrar en el vestíbulo, los adultos abrieron los ojos como platos mirando en todas direcciones. Finn, con la boca formando un círculo que dejó visible hasta su garganta, se cohibió por el lujo en exceso y buscó la protección de su padre dándole la mano mientras se dirigían a la recepción.

Poco después confirmaron que la habitación familiar cumplía las expectativas creadas más exigentes. Tenía una decoración clásica en las paredes, moqueta en el suelo, dos camas dobles, un sofá, la cuna que pidieron para Siobhan, un baño sobrio también amplio y una terraza individual con una mesa y cuatro sillas blancas.

Finn se tiró en plancha en una de las camas a la vez que Matt sentó a la niña a su lado para ayudar a Cecilia con los equipajes.

—Vigílala, Finn.

—Vale —dijo incorporándose, abrió las piernas y la colocó en medio—. Papi, ¿hoy dónde vamos a montarnos?

—No lo sé, en cuanto comamos lo decidimos —respondió, guardando ropa en el armario, lo observó de reojo y sonrió a sabiendas de que iba a preguntarle una tontería—. ¿Te gusta lo que has visto hasta ahora?

—Sí, es muy chulo, pero pensaba que iba a encontrarme a *Mickey*.

—No te preocupes, cariño —dijo Cecilia saliendo del baño donde había colocado los artículos de aseo—, vas a hartarte de verlo, vais a haceros íntimos.

Tras una comida tradicional francesa en el restaurante del hotel, interrumpida

varias veces por *Blancanieves* y *Aladino*, Julia y Cecilia recabaron información sobre los servicios que ofrecía y compartieron el interés por probar la piscina climatizada y el spa sin que sus parejas se sintieran molestas. En aquel momento los dos estuvieron más preocupados por complacer a Finn o a ellos mismos.

Durante esa tarde recorrieron gran parte del parque y entraron en varias tiendas de *souvenirs*. Aparte de comprar un montón de cosas innecesarias, Finn salió con una libreta de su amado *Mickey* para dedicarse a pedir autógrafos a muchos de los personajes con los que toparon: *Cenicienta*, *Goofy*, *la Bella Durmiente*, *Donald*, *Pinocho*..., la lista fue casi interminable. Para él estaba siendo una experiencia única que consiguió hacer claudicar a Cecilia solo por contemplarlo entusiasmado yendo tras ellos acompañado por David y Matt, que lo incitaban cuando aparecía alguno nuevo.

—Tu chico está loco por tener un hijo —comentó Cecilia, viéndolos reír mientras hablaban con *Peter Pan*—, o, mejor dicho, una hija.

—Sí, le gustan mucho, pero quiero esperar un poco.

—Tienes treinta y cinco, Julia, un buen trabajo, David se gana la vida muy bien, ¿por qué no quieres?

—No lo sé, Lia, me asusta un poco; será por la responsabilidad.

—Mira Matt, era un inestable y con los niños es otra persona.

—Gracias a ti, no te equivoques.

—No le quites el mérito —dijo en un tono de ligero reproche—, es un luchador y ha sabido mantenerse al margen de los problemas. Te juro que cuando llegué a Irlanda dudé seriamente de que fuese capaz de llevar el taller y asumiera todos los cambios que tuvimos. Sin embargo, está sorprendiéndome, no solo tienen más clientes y el negocio sigue creciendo, sino también en casa, cada vez le gusta menos salir, a veces tengo que obligarlo para dejar a los niños con tus padres y que salgamos solos —explicó

sonriendo, atenta al irlandés canalla dándole en ese instante unas palmaditas en el hombro a *Peter Pan*; parecía desearle suerte en la vida antes de fotografiarlo con David y Finn—. Míralos, son peores que el niño.

—Será mejor que mañana los dejemos a su aire y nos vayamos de compras, a fin de cuentas no nos hacen ni caso. —Julia se rio viendo la carrera de David perseguido por Finn y Matt hasta que pararon a *Pocahontas*. A la chica disfrazada de india no debió importarle, por la sonrisa embobada que puso cuando Finn se colocó delante y el abogado la sujetó por la cintura mientras Matt los inmortalizaba; no miró a la cámara, más motivada por un perfil masculino sonriente demasiado cerca para ignorarlo—. Es terrorífico, da igual si va hecho un desastre o viste de etiqueta, menos mal que no soy celosa porque es cansino.

—Fíjate que Matt tampoco se queda corto, pero lo suyo es de libro. ¿Cuándo lo conociste ya era así?

—No —respondió moviendo la cabeza—, piensa que nos conocemos desde que éramos niños y no es lo mismo porque estaba acostumbrada a verlo todos los días. Era muy mono, pero no recuerdo este asedio.

—Pues ármate de paciencia porque parece que lleva el sendero del buen vino.

—A veces me da pena —dijo resignada, observándolo bromear con Matt, ajeno a las miradas curiosas que despertaba—. No suele quejarse, pero sé que se agobia y aun así aguanta el tipo con elegancia; es un encanto.

—Lo es, y buena gente, y te quiere. No dejes que tus miedos interfieran en vosotros, Julia. Habéis estado mucho tiempo separados y ahora ha llegado vuestro momento, disfrútalo y piensa solo en vosotros.

—Trato de hacerlo, aunque es difícil olvidar.

—Te entiendo —comentó sonriendo amable. El temor a un nuevo abandono

que Julia no mencionó para Cecilia fue evidente; en cambio, apostaba el cuello a que David había aprendido la lección y no volvería a cometer el mismo error—. Pero piensa que no se ha separado de ti desde que os volvisteis a ver, vais a casaros por la Iglesia como si fuera la primera vez para los dos y aunque tenga una legión de mujeres detrás no las mira; solo tiene ojos para ti; dale un voto de confianza.

—No desconfío de él, Lia. —Julia no podía explicarle un miedo irracional siempre presente—. Vamos a dejarlo, son tonterías mías.

Rieron tan contentas como Siobhan cuando los tres volvieron pletóricos. Los dos hombres eran la viva imagen de la felicidad, se notaba en todos sus movimientos y gestos custodiando a Finn, que les mostró acelerado todos los autógrafos de la libreta, luego echó un vistazo alrededor y se quedó inmóvil contemplando una de las atracciones.

—Mami, ¿te montas con nosotros en el tren minero?

Cecilia miró a Finn, luego a Matt, que le guiñó un ojo, y, por último, a Julia y a David asintiendo para quedarse con Siobhan.

—Vamos —dijo, tendiéndole la mano, miró *The Big Thunder Mountain*, sin saber exactamente qué pensar. Matt echó el brazo por su hombro, animándola a experimentar una aventura—. Soy un poco miedica para estas cosas.

—Estoy empezando a asimilar que por eso no querías venir.

Matt habló sonriendo con burla.

—No digas chorradas —comentó suficiente acercándose a la cola.

Durante unos segundos contempló un escenario muy bien logrado, que imitaba el paisaje del Lejano Oeste. En cuanto les tocó el turno, los tres se subieron a una de las carretillas. Matt tenía una mano apoyada en el respaldo, percibió la tensión de Cecilia y le acarició el hombro. Cuando sus miradas se encontraron los dos apretaron los labios y,

atentos a Finn sujeto impaciente a la barra de protección, disimularon una sonrisa.

En unos minutos el tren arrancó y entraron en el corazón de la montaña casi a oscuras, envueltos en un ruido ensordecedor parecido al que habría antaño realmente en esas minas. Después llegaron subidas lentas, giros cerrados, rápidos descensos y gritos, muchos gritos extasiados; aunque Cecilia solo escuchó la locura de su hijo en forma de alegres carcajadas.

Varios días después, durante el trayecto en el avión para regresar a Irlanda, Cecilia no dejó de pensar en que esas vacaciones habían sido muy especiales. Incluso Siobhan relajó su carácter dominante y gracias a David no hubo niña. El abogado se comportó como un padrazo y, sin pretenderlo, animó a Julia para ampliar la familia cuanto antes. También, por esa buena disposición, pudo disfrutar con Matt de otra noche parisina romántica y recordar su luna de miel. Por supuesto pasaron de largo por El Moulin Rouge, donde el Irlandés canalla no tenía intención de volver en su vida. Cenaron en un acogedor restaurante italiano y se divertieron en un club donde bailaron todo tipo de música hasta bien entrada la madrugada. Cuando volvieron a la silenciosa habitación del hotel echaron de menos a los niños, pero fue solo un momento impreciso antes de enzarzarse en una lujuriosa pasión donde aquella soledad les brindó finalizar con honores una noche perfecta.

Definitivamente, al cumplir una promesa, ese viaje tan rechazado como temido por Cecilia resultó el más divertido. Finn vivió el deseo soñado durante mucho tiempo y consiguió unos recuerdos imborrables, además de contagiarlos a todos con una felicidad que no cesó ni tenía visos de finalizar; a “disfrutón” no le ganaba ni su padre.

## Nota de la autora

Este relato se publicó por primera vez el veintinueve de noviembre de dos mil quince en una antología solidaria donde varios autores nos unimos para ayudar a mejorar la calidad de vida de un niño con síndrome de Sturge-Weber, una enfermedad degenerativa sin cura.

Desde aquí os invito a que también forméis parte de una noble causa comprándola en cualquier plataforma de Amazon.



Esta es la lista de los autores que participamos cediendo íntegramente todos los derechos a la asociación sin fines de lucro Todos con Álex:

- Eme E de Kelly, ENTRE DONES E INEXORABLES (Argentina – Cuento)
- Simplicio P., UN VIAJE INOLVIDABLE (Uruguay – Cuento)
- Neko Vidal, CUANDO JANE ABRAZÓ A CONCHITA (España – Cuento)
- Julián Aronin, UN VIAJE ILUMINADO (Argentina – Cuento)
- Diego Vidal, CRUCIFIXIÓN (Argentina – Cuento)

- Nicolás Andreoli, PENSAMIENTOS (Argentina – Pensamientos)
- Deborah Luzige, EL JUEGO y CUÉNTAME (Uruguay – Poesía)
- Mariel Ruggieri, LA GRAN MAQUETA y MI LUGAR (Uruguay – Poesía)
- María Laura Gambero, ENTRE ELLOS MI INFANCIA (Argentina – Poesía)
- Fernando Licio, ARRULLO DE AMOR A LA ORILLA DEL RÍO y TINTAS DE AMOR (Uruguay – Poesía)
- Mercedes Cobas, DANZA (Uruguay – Poesía)
- Edwin Vergara, VOTOS MATRIMONIALES (Colombia – Prosa poética)
- Jarhat Pacheco, NO ME RINDO (Colombia – Poesía)
- Poetisa Loca, NO NECESITO (Colombia – Poesía)
- Susana Oro, UN NUEVO COMIENZO (Argentina – Relato Romántico)
- Lina Perozo, REGALO DE ANIVERSARIO (Venezuela – Relato Romántico)
- Ivanna Ryan, LA REINA DEL BAILE (Uruguay – Relato Romántico)
- Grace Ilover, VACACIONES DE ENSUEÑO (Paraguay – Relato Romántico)
- Emma Sheridan, LA CHICA NUEVA (Argentina – Relato Romántico)
- Silvia Sandoval, TRAS LOS PASOS DE LA VERDAD (Argentina – Relato Romántico)
- Julianne May, LATA DE AMOR (Argentina – Relato Romántico)
- Brianna Callum, TU NOMBRE EN LAS NUBES (Argentina – Relato Romántico)
- Freya Asgard, NO JUEGUES CONMIGO (Chile – Relato Romántico)
- Melina Rivera, UN REENCUENTRO A ESCONDIDAS (Perú – Relato Romántico)
- Valeria Cáceres B., ABANDONO TU MUNDO (Chile – Relato Romántico)
- Marisa Citeroni, LA NAVIDAD DE SAVANNAH (Argentina – Relato Romántico)
- Ninoshka Godoy, LA CARTA QUE JAMÁS LLEGARÁ A DESTINO (Chile – Relato Romántico)
- Margot Recast, MIRADAS CON RECUERDOS (España – Relato Romántico)
- Clau De Vesta, Y QUIZÁS NO (Uruguay – Relato Romántico)
- Kathia Iblis, HUELLAS DE NUESTRA HISTORIA (Argentina – Relato Romántico)
- Loli Deen, PUERTO DE AMOR (Argentina – Relato Romántico)
- Hilda Rojas Correa, TERAPIA (Chile – Relato Romántico)
- Gabys Marzoratti, UN LIBRO Y UN CAFÉ (Argentina – Relato Romántico)
- Mimi Romanz, EN EL SUBTERRÁNEO (Argentina – Relato Romántico)
- Kris Buendía, ESTA ES LA ÚLTIMA VEZ QUE TE QUIERO (Honduras – Relato Romántico)
- Claudia Cecilia Gomez, CLICK DE AMOR (México – Relato Romántico)
- Vane Spinelli, DESEO TURBULENTO (Argentina – Relato Romántico)

- A.G. Keller, DULCE ESPERA (Venezuela – Relato Romántico)
- Karina Reisberger, SID Y NANCY (Argentina – Relato Romántico)
- Mónica Chiang, PERDÓN Y OLVIDO (Chile – Relato Romántico)
- Susana Mohel, DIME QUE SÍ (Colombia – Relato Romántico)
- Mia Del Valle, DÍA DE FURIA (Uruguay – Relato Romántico)
- Conti Constanzo, ¿CREES EN EL AMOR A PRIMERA VISTA? (Chile – Relato Romántico)
- Isabel C. Acuña, EL OLOR DE LAS NARANJAS A LA HORA DEL DESAYUNO (Colombia – Relato Romántico)
- Rosa Alcántara Menéndez, UNA PROMESA SE CUMPLE (España – Relato Romántico)
- Scarlett Butler, OCURRIÓ EN ARUNDEL (España – Relato Erótico)
- Elena Bowen, TÓMALA (Argentina – Relato Erótico)
- Eva P. Valencia, NAVIDAD AL ESTILO GABRIEL GÓMEZ (España – Relato Erótico)
- Liberty Young, RÁPIDO Y FURIOSO (Uruguay – Relato Erótico)
- Sofía Rivero, ATADA A LA SOMBRA (Chile – Relato Erótico)
- Di. Vi. Na. EL QUE JUEGA CON FUEGO (Argentina – Relato Erótico)
- Martina Bennet, ENTRE SUEÑOS (Colombia – Relato Erótico)
- Marta D'Argüello, UN PUENTE ENTRE NOSOTROS (Argentina – Relato Erótico)
- Victoria Aihar, ELLA (Uruguay – Relato Erótico)